

Piñeiro, Diego E..
Capítulo I. Segunda
Parte. En
publicación: En
busca de la
identidad. La acción
colectiva en los
conflictos agrarios de
América Latina.
Diego E. Piñeiro.

DIEGO E. PIÑEIRO

SEGUNDA PARTE

ACERCA DE LA ACCIÓN COLECTIVA

EN LAS PÁGINAS ANTERIORES se ha intentado hacer una breve revisión de los procesos de acción colectiva de los sectores subordinados en el campo latinoamericano, y se finalizaba notando que los procesos de acción colectiva que surgen a partir de la década del ochenta parecerían ser de un carácter distinto: más diversos en su composición social, en las formas que adoptan las acciones, en las alianzas que construyen, en los objetivos y en los resultados que obtienen. También ha cambiado considerablemente el contexto social y político: la estructura de oportunidades en términos de Tarrow (1997). El capitalismo está plenamente extendido en el agro y predominan las empresas agrícolas ligadas a los complejos Agroindustriales como el sector más dinámico, si bien subsisten aún terratenientes, campesinos y agricultores familiares y tienen más importancia los trabajadores del campo en los procesos productivos. Terminados los gobiernos militares, el retorno a regímenes de democracia formal ha facilitado la participación y la organización popular.

Para dar cuenta de estas nuevas formas de la acción colectiva en el agro es que se han seleccionado cinco casos que son bien diferentes entre sí. La intención ha sido mostrar la diversidad de procesos de acción colectiva, pero también se han seleccionado casos posiblemente similares a otros presentes en el contexto latinoamericano. Estos son el Movimiento de los Sin Tierra en el Brasil, el Movimiento de los Campesinos en el Paraguay, el movimiento mapuche en Chile, el Movimiento de las Mujeres Agrarias en Lucha de Argentina, y la Mesa Coordinadora de Gremiales Agropecuarias en el Uruguay.

¿Con qué herramientas teóricas y metodológicas es necesario acercarse para comprender estos procesos de acción colectiva? En principio parecería que son movimientos sociales (en adelante, MS) y que por lo tanto es posible utilizar las teorías de los MS para intentar comprenderlos y compararlos. Sin embargo, inmediatamente surgen otras preguntas: ¿todos los procesos estudiados son MS? Y aún si lo

CLACSO, Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales,
Buenos Aires, Argentina. Colección Becas CLACSO-ASDI. 2004. ISBN: 987-1183-08-9.

fuesen: ¿cuál de las varias teorías sobre los MS se utilizaría? La respuesta a la primera pregunta debe dejarse en suspenso porque depende de la respuesta que se dé a la segunda.

Las teorías para analizar los MS, como se dijo, son varias, pero en principio es conveniente hacer una gran división que a su vez tiene un contenido histórico. Durante mucho tiempo, posiblemente el que va desde la publicación del Manifiesto Comunista a mediados del siglo XIX hasta la década del sesenta en el siglo XX, el movimiento social fue el movimiento de la clase trabajadora. En la historia de la humanidad siempre hubo opresión de ciertos grupos sociales sobre otros, y siempre existió la resistencia a dicha opresión. Esta adquirió muchas formas distintas: rebeliones, revueltas, huidas, disturbios, etcétera. Sin embargo, todas ellas tuvieron una característica: la discontinuidad. Eran relativamente espontáneas y sin permanencia. A partir de mediados del siglo XIX la diferencia consistió en que los movimientos de resistencia de la clase trabajadora contra la explotación de la burguesía se dieron formas organizativas y estructuras que otorgaron permanencia a estos movimientos. Así nace el movimiento de la clase trabajadora organizada a partir de los sindicatos.

Según Arrighi, Hopkins y Wallerstein, hubo dos grandes tipos de movimientos antisistémicos según cuál fuese identificado como el grupo opresor. En los MS la opresión era ejercida por el patrón sobre los trabajadores, por la burguesía sobre el proletariado, y la supresión de dicha opresión habría de provenir del reemplazo del capitalismo por el socialismo. En los movimientos nacionales la opresión era ejercida por un grupo etno-nacional sobre otros, y se eliminaría concediendo al grupo oprimido el mismo estatus jurídico detentado por los opresores o, más habitualmente, por la creación de estructuras paralelas e independientes (secesiones o creación de nuevos estados o desalojo de los colonizadores). Frecuentemente ambos tipos de movimientos coexistían en un mismo espacio o en un mismo Estado, generando también luchas y fricciones entre ellos. Más recientemente aparecieron los movimientos de liberación nacional que fueron capaces de realizar la síntesis de ambas perspectivas y por lo tanto de luchar contra ambos tipos de opresión “reivindicando la doble legitimidad del antiimperialismo nacionalista y del anticapitalismo proletario” (Arrighi, Hopkins, Wallerstein, 1999: 28).

Pero los enfrentamientos internos a ambos tipos de Movimiento obedecieron más frecuentemente a las distintas concepciones acerca de cómo hacerse con el poder del Estado: si por las vías legales y la

senda de la persuasión política, o por la fuerza. En pocas palabras, estas dos opciones se cristalizaron en la opción *reforma* o *revolución*. Dentro de los MS –aunque debería decirse dentro de los MS de izquierda– esta diferencia se materializó en las disputas que estallaron en la Segunda y la Tercera Internacional socialista entre socialdemócratas y comunistas.

Por otro lado, para los investigadores de las ciencias sociales que no adherían al marxismo en un principio, los MS no eran de interés. Tendían a pensar que las expresiones políticas eran canalizadas a través de los partidos y del sistema político, y que en realidad todas las expresiones que se salían de estos cauces eran “desviaciones”, “escrituras al margen” y de escasa importancia. Sólo cuando alguno de estos movimientos tenía éxito en sus reivindicaciones y conseguía alterar la agenda política entraba en una consideración más seria por parte de los investigadores. Es decir, regía un criterio de “éxito” en el análisis de estos movimientos.

Para los investigadores más próximos a la teorías tradicionales sobre el comportamiento colectivo, las acciones de los movimientos estaban dominadas por convicciones no racionales sino emotivas, y más que preocuparse por conseguir los que querían, lo que intentaban era expresar sus nociones sobre la justicia, estando dirigidas a poner de manifiesto los deseos y reivindicaciones del movimiento y no a conseguir resultados concretos a través de la negociación. Así, los MS eran formas inmaduras de la acción política y debían madurar y transformarse en grupos de presión con sus estructuras y sus burocracias y sus formas articuladas de intervenir en la vida política.

En la década del sesenta en Europa y Estados Unidos aparece y se desarrolla una serie de movimientos que por su profundidad y extensión vuelven a llamar la atención de los investigadores, aunque su éxito haya sido relativo. Estaba claro para ese momento que empleando los criterios de análisis clásicos, ya fuera como “desviaciones” o como “acciones de clase”, no era posible dar cuenta de estos movimientos. Aumenta así el interés en el estudio de estos MS. Para interpretarlos se desarrollan varias teorías –de la movilización de recursos, de la privación relativa, de los Nuevos Movimientos Sociales (en adelante, NMS), etc.– sin que ninguna de ellas haya logrado imponerse como único camino de interpretación.

En las múltiples definiciones sobre los MS que se han propuesto sobresalen algunas coincidencias. Por un lado, todas coinciden en que dentro de los MS suele haber una pluralidad de tendencias y obje-

tivos. La continuidad es otra característica a la que siempre se hace referencia. Mientras los partidos y los grupos de presión tienen una continuidad en el tiempo, los MS no la tienen, aunque sin llegar al extremo de las modas, de las acciones de una muchedumbre o de las acciones colectivas de protesta. Los MS están así entre dos extremos: las asociaciones formales y las movilizaciones espontáneas. Como destaca uno de los autores que estudia a los MS: “un movimiento supone una actuación concertada con un cierto grado de permanencia. Pero la concertación no implica un nivel de organización similar al de las asociaciones formales. Aunque el movimiento se desarrolle a través de organizaciones... no se basa en la afiliación explícita, el pago de cuotas y la asistencia regular a reuniones. Lo que le da unidad y coherencia es la participación de sus miembros en algunas actividades del movimiento y sobretodo la aceptación de un conjunto de creencias generalizadas a las que suele acompañar la aparición de una conciencia de grupo” (Pérez Ledesma, 1994: 61). En tercer lugar, la modificación en mayor o menor grado del orden establecido. Esta última característica, sin embargo, no fue aceptada por todos: hubo quienes hicieron notar que algunos movimientos más bien tratan de evitar los cambios sociales, dando lugar así a una clasificación que distingue entre movimientos activos y reactivos o entre movimientos y contramovimientos.

En el continente europeo, y luego de la década del sesenta, surge una cantidad de estudios de los MS de nuevo cuño que aparecen en esos años. Uno de los más influyentes fue el de Touraine (1987), quien en sus primeros escritos vinculaba aún el concepto de movimiento al de clase social. Posteriormente Melucci elabora una descripción de los MS que aún goza de gran aceptación. Según este autor, los MS se definen desde una perspectiva analítica por tres dimensiones diferentes pero estrechamente ligadas en la realidad: “son una forma de acción colectiva (a) basada en la solidaridad, (b) que conduce a un conflicto, (c) que rompe los límites del sistema” (Melucci, 1994: 62).

Pero lo que lograron los MS de la década del sesenta y posteriores fue una actitud más positiva frente a ellos. Es el reconocimiento de que son un recurso tan válido para la acción política como los caminos formalizados del sistema político. Ya no son más movimientos inmaduros o informales, sino que se los percibe como otras formas, igualmente válidas, de lograr cambios sociales.

Sin embargo se planteaban otros problemas teóricos. Los movimientos obreros se conformaban sobre la base de una identidad de clase. La constatación de que los NMS eran un conglomerado de individuos que provenían de grupos sociales o de fracciones de clases muy diferentes hizo que la pregunta principal que se hacían estos investigadores fuese: ¿qué les confiere identidad? ¿Sobre qué bases se conforma la identidad en estos NMS, formados por personas con extracciones sociales diferentes? De allí el énfasis que le dieron al estudio de la construcción de la identidad en estos NMS (Laraña, 1999).

Pérez Ledesma discute el carácter de novedad de estos movimientos. ¿Por qué eran nuevos, o en relación a qué eran nuevos? O dicho de otra manera, ¿cuáles eran los viejos MS? El viejo MS, el que se había estudiado hasta el momento, era el movimiento obrero. El conflicto social visible hasta entonces era entre trabajadores y empresarios. Pero con la eclosión de los nuevos movimientos, los analistas se encontraron con movimientos en que la clase obrera no sólo no tenía nada que ver, sino que incluso era desafiada por algunos de estos nuevos actores, como lo fue por el movimiento estudiantil francés en 1968. Nuevos eran los actores, nuevos los objetivos, nuevas las formas de acción (Pérez Ledesma, 1994).

Las preguntas que se hicieron ciertos investigadores europeos fueron: ¿de dónde proceden estos nuevos actores sociales? ¿Qué cambios en la realidad social, en los valores e ideologías, impulsan la movilización? ¿En qué consisten estas nuevas formas de organización y de acción? La primera respuesta no fue difícil: ya no era la clase obrera industrial la que se movilizaba, sino las clases medias. Offe (citado por Pérez Ledesma, 1994) identifica tres sectores distintos: la nueva clase media radical vinculada a los nuevos cargos técnicos, especialmente en el sector servicios, obreros y empleados altamente calificados; los grupos periféricos o desmercantilizados, como las amas de casa y los estudiantes, los jóvenes desocupados y los pensionistas; y la vieja clase media, tenderos, campesinos, y artesanos. Es decir, que se trata de una alianza de individuos que integran diferentes clases y “no clases”. Pero excluyen a las clases principales del sistema capitalista: trabajadores y empresarios. Por lo tanto, uno de los problemas principales consiste en encontrar las raíces sociales de dicha alianza, los lazos que permiten coincidir a grupos tan dispares. La agrupación y los procesos de identificación ya no se desprenden de códigos socioeconómicos compartidos, ni siquiera de códigos políticos e ideológicos.

El desarrollo económico vivido por Europa después de la Segunda Guerra Mundial, el período que Hobsbawm (2000) ha llamado la “edad de oro”, ha permitido a los distintos sectores sociales independizarse de los vínculos de clase, familia y religión. Esta liberación, como se demostró luego, sólo fue para caer en nuevas formas de dependencia. Las personas tienen sus opciones de vida predeterminadas por entidades abstractas como las corporaciones económicas y el Estado, a la vez que tienen amenazada su autonomía individual por estas corporaciones y por los riesgos civilizatorios introducidos por el desarrollo del capitalismo (Pérez Ledesma, 1994). Como lo ha argumentado Beck (1998), en las sociedades avanzadas los riesgos civilizatorios (la polución ambiental, el cambio climático, el peligro nuclear, el agotamiento de los recursos naturales, etc.) constituyen hoy amenazas más importantes a los ciudadanos que la pobreza o las dificultades de acceso a los recursos económicos. De estas amenazas surge una unidad que se puede entender como unidad “negativa” o, como también se ha sugerido, de estas surgen los “contramovimientos”, es decir, aquellos movimientos que se oponen a la modificación de un estado de situación.

Frente a la diversidad de teorías que intentan dar cuenta de los NMS, Diani (1992) ha intentado construir una síntesis que reúne los aspectos básicos de las principales. Para reconstruir una definición de MS que pueda ser común y compartida entre las distintas perspectivas teóricas, Diani analiza cada una de las definiciones propuestas y extrae los elementos comunes. Esto le permitirá construir una definición sintética que se expresa del siguiente modo: “un movimiento social es una red de interacción informal entre una pluralidad de individuos, grupos y/o organizaciones, involucrados en un conflicto cultural o político, sobre la base de una identidad colectiva compartida” (Diani, 1992: 3).

Esta definición puede descomponerse en tres partes. La primera pone el énfasis en que un MS es una red de la cual participan actores de diferente tipo, ya sea individuos, grupos informales u organizaciones sociales constituidas, pero que se vinculan informalmente entre sí. Esto descarta la confusión, muy común, de identificar movimiento social con organizaciones sociales. Estas últimas pueden ser parte de un movimiento social pero no constituyen de por sí un MS. Por estas redes circulan recursos de información, de conocimientos y de recursos materiales, así como más amplios sistemas de significado. Las redes contribuyen a crear condiciones para la movilización y a

construir un contexto adecuado para elaborar visiones del mundo y estilos de vida compartidos. Las redes de reclutamiento juegan un papel importante en la decisión individual de implicarse en un MS. Ninguna movilización comienza o se extiende en el vacío, ya que se movilizan individuos que forman parte de tejidos sociales. La pertenencia a estas redes sociales disminuye el costo de involucramiento individual en la acción colectiva. En ellas los individuos interactúan, se influyen recíprocamente, negocian y producen las estructuras motivacionales necesarias para la acción. La motivación para la acción, por lo tanto, no es una variable individual, sino que se construye en el dialogo y la interacción con otros individuos en el marco de las redes.

Sobre este aspecto de la definición Melucci (1994) sostiene que también ha cambiado la forma de ver a los fenómenos colectivos. Si hasta hace un tiempo se percibía a los fenómenos colectivos como un fenómeno unitario, en la actualidad la tendencia es más bien que la unidad del fenómeno colectivo sea el objeto a explicar: “la existencia de un actor relativamente unificado es, en esta perspectiva, un problema que tiene que ser explicado” (Melucci, 1994: 155). Así se podía hablar del movimiento feminista o ecologista como si estuviesen integrados por individuos con metas, valores significados y actitudes compartidos, cuando en realidad esta unidad es construida por quienes integran el movimiento.

El problema que el analista debe explicar es cómo en la acción colectiva se combinan de diferentes maneras orientaciones de la acción, motivaciones y aspectos estructurales dando lugar a un actor colectivo. La constitución y permanencia de este actor colectivo se convierte así en el problema que debe ser explicado antes que en un dato a partir del cual surge la investigación. Para el autor “los fenómenos colectivos constituyen procesos en los cuales los actores producen significados, comunican, negocian y toman decisiones” (Melucci, 1994: 156). Para la comprensión de una teoría de la acción colectiva es preciso hacerse estas preguntas cruciales: “¿A través de que procesos construyen los actores una acción común? ¿Cómo se produce la unidad entre las distintas partes, niveles y orientaciones presentes en un fenómeno empírico de acción colectiva? ¿Cuáles son los procesos y relaciones a través de los cuales los individuos se implican en la acción colectiva?” (Melucci, 1994: 156).

Un segundo aspecto a resaltar de la definición es la construcción de una identidad colectiva en los MS a través de un sistema compartido de creencias y un sentido de pertenencia. Aún más, los pro-

prios límites de los MS son definidos por quienes comparten una identidad colectiva. La identidad colectiva no implica homogeneidad de ideas al interior de un MS. Por el contrario, estas se caracterizan por contener individuos y/o grupos con ideas diferentes, siendo la identidad colectiva construida y reconstruida permanentemente a través de la negociación entre distintos actores al interior del colectivo. La identidad colectiva se construye al interior del MS entre actores pero también es una cualidad atribuida desde fuera del MS, por sus oponentes o por observadores externos.

Para Melucci el concepto de la construcción de la identidad colectiva es una pieza central en su elaboración teórica. La identidad colectiva se construye en un proceso complejo, interactivo y negociado entre los que intervienen en la acción. Este proceso de construcción colectiva de la identidad revela a su vez la complejidad interna del actor, que puede tener una diversidad de orientaciones, y también revela la relación del actor plural con el ambiente que lo rodea (otros actores, oportunidades y restricciones). Más aún, la posibilidad de que un individuo se involucre en la acción está ligada directamente a su capacidad para definir dicha identidad, esto es, a la capacidad diferencial de acceder a los recursos que permiten definir dicha identidad. Esto marcará la intensidad y profundidad de su participación y la duración de la misma, en particular el momento en que se producirá la entrada y la salida de la acción colectiva

Un tercer aspecto de la definición tiene que ver con la idea de que los MS siempre están involucrados en conflictos, si bien para las distintas vertientes teóricas los mismos pueden ser definidos de distintas maneras. Para algunos, los conflictos de los MS involucran un desafío al sistema de dominación (y sólo cuando es así son verdaderamente MS), mientras que para otros, en el otro extremo, los conflictos son sólo en torno a cambios en la sociedad o aún al interior de una institución. Algunos autores han hecho ver que los MS pueden propender a un cambio pero también pueden oponerse a él (contramovimientos). Una discusión aún más complicada es aquella en la cual se contraponen la idea de que los cambios propuestos se centran en conflictos políticos, y la de quienes sostienen que los conflictos más bien se sitúan en el plano cultural. Es decir que no sólo se desafía la distribución desigual del poder político o de los bienes económicos sino también los sentidos sociales compartidos, esto es, la manera de definir e interpretar la realidad.

Diani (1992) sostiene que la característica disruptiva de un MS, si bien es importante para distinguir entre distintos tipos de MS, o entre distintas etapas por las que pasa un MS, no puede ser considerada una característica excluyente porque por ejemplo cumplen un papel marginal en los movimientos orientados al cambio personal o cultural. Para Melucci, en cambio, el contenido disruptivo de la acción social es tan importante que la incorpora a su definición de Movimiento Social como se vio más arriba: “La noción de movimiento social es una categoría analítica: Designa aquella forma de la acción colectiva que (i) invoca la solidaridad, (ii) hace manifiesto un conflicto, y (iii) implica una brecha en los límites de compatibilidad del sistema en el que la acción tiene lugar” (Melucci, 1996: 28).

LA ACCIÓN COLECTIVA DE LOS GRUPOS SUBORDINADOS EN EL CAMPO: INSTRUMENTOS PARA SU ANÁLISIS

Uno de los primeros temas sobre el que es preciso trabajar es en el intento de definir cuáles de las acciones colectivas estudiadas son MS y cuáles no lo son. Esto no es por un afán clasificatorio sino para comprender mejor las características del mismo y para poder decidir cuándo emplear las herramientas conceptuales que se construirán para el análisis. Para ello se analizarán los procesos de acción colectiva seleccionados comparándolos con las definiciones dadas por Diani y por Melucci, en el entendido de que no son contradictorias sino más bien complementarias. Contra estas definiciones serán “medidas” las acciones colectivas estudiadas para comprender cuáles son MS y cuáles no. Sin embargo, como se verá más adelante, este proceso no será tan sencillo, implicará varias discusiones, e incluso es posible que sobre algunas acciones colectivas no se llegue a conclusiones definitivas. Para las que no sean MS se intentará encontrar otra categoría que los describa mejor.

Como se verá luego con más detalle, la cuestión de la ruptura con los límites de compatibilidad del sistema es un aspecto bien difícil de concretar. Varios de los MS estudiados reclaman una reforma agraria. ¿Implica esto romper con los límites del sistema? Depende de cómo se defina “el sistema”. En muchos países ha habido reformas agrarias dentro del régimen (modo de producción) capitalista. Sin duda llevar a cabo la reforma agraria significa derrotar a las fuerzas que se oponen a ella, notablemente los terratenientes y sus aliados. Pero esto ha ocurrido muchas veces dentro de países capitalistas sin

que ello significase alteraciones en el modo de producción. En otros países la reforma agraria ha sido el eje para derrotar a las fuerzas que se oponían al cambio de régimen, para pasar del capitalismo al socialismo, como ha sido el caso de Cuba en nuestro continente. Pero no es una precondition necesaria cambiar el modo de producción para llevar adelante una reforma agraria. Entonces, salvo para aquellos MS que expresamente declaren que su intención es derrotar al capitalismo y realizar la reforma agraria, en el caso de los demás, ¿implica que romperán con “el sistema”? Además, llevar a cabo una reforma agraria y cambiar (o no) de régimen depende no sólo de los movimientos agrarios, sino también de sus aliados, de las correlaciones de fuerza entre aliados y adversarios, de la consistencia del sistema político, de la situación internacional, etcétera. En todo caso, es una operación ubicada en un hipotético futuro y cuyo resultado final está mucho más allá de las intencionalidades de los MS. ¿Cómo transformar entonces esta precondition (alterar los límites de compatibilidad del sistema) en un instrumento útil para definir a un movimiento social?

Por otro lado se profundizará extensamente en la idea de Melucci de que la unidad de un MS no es una precondition sino una cualidad trabajosamente construida, y que además no está dada de una vez y para siempre sino que por el contrario, así como se construyó, también se puede perder. La unidad se cimenta en la construcción de una identidad común. Por lo tanto se trabajará extensamente en cada caso en el análisis de cómo se consolida (si ello ocurre) una identidad común entre los miembros del movimiento. ¿En nombre de quién hablan o actúan? ¿Cómo se definen?

La identidad se construye también desde “los otros”, tanto desde los adversarios como desde los grupos sociales aliados, y aun desde aquellos que se podrían identificar como neutros. Algunos lo hacen por oposición, otros por alianza, pero en ambos casos la construcción de la identidad propia es coadyuvada por cómo los ven “los otros”.

Ligado a la definición de la identidad, que permite definir el “campo social” del movimiento, se intentará en cada caso describir a los miembros de éste como miembros, militantes, dirigentes, a la vez que intentado su cuantificación, localización geográfica, ubicación en la estructura social, etcétera.

Como sostienen la mayoría de los autores, para comprender un MS hay que estudiarlo en su accionar. Por ello se dedicará una parte importante del estudio de cada proceso de acción colectiva a la des-

cripción y al análisis de las acciones colectivas que se llevaron a cabo en un periodo de tiempo fijo y similar para todos, con la intención de hacer homogéneas las condiciones del contexto internacional. Se han considerado las acciones llevadas a cabo entre 1997 y 2000, ubicándolas en el contexto en que se llevan a cabo. Este procedimiento permitirá identificar con claridad el conflicto en cada caso: ¿por qué se lucha? ¿Cuáles son los bienes materiales o simbólicos que están en disputa? ¿Cuál es la relación con el Estado en este conflicto? ¿Cuáles son las similitudes y las diferencias entre los distintos conflictos?

Varios autores, pero especialmente Tarrow (1997), hacen énfasis en el análisis de la estructura de oportunidades para comprender las razones por las cuales se genera la acción colectiva. Esta idea será trabajada para cada uno de los casos bajo análisis, y demostrará ser particularmente feraz. En particular se tendrán en cuenta los acontecimientos que ocurren en el sistema político: el fin de regímenes dictatoriales, la apertura y la tolerancia política, los realineamientos de los partidos políticos, el debilitamiento del aparato estatal y del partido en el gobierno, son algunos de los elementos que se tendrán en cuenta para analizar cada una de las situaciones. Por otro lado también se considerarán los procesos de reajuste económico, apertura comercial, integración regional y globalización bajo la égida neoliberal que es el paradigma dominante en el período analizado. La idea es que si bien los MS no son generados como una respuesta mecánica a estos fenómenos globales, en ellos se reconocerán muchos de los agravios que los MS esgrimen a la hora de formular sus reclamos. El impacto de estos procesos posiblemente sea distinto en cada una de las situaciones analizadas.

Los recursos materiales y simbólicos con que cuentan los movimientos (los recursos físicos, las alianzas, la imagen que el movimiento tiene en la sociedad, etc.) serán también analizados para cada caso porque, tal como lo sostiene la corriente teórica de la movilización de recursos, son importantes, aunque tal vez no definitorios ni los de mayor importancia.

Para cada movimiento se describirán también sus orígenes, los principales eventos en que participó, sus luchas, las alianzas que ha tejido, su estructura interna, las formas como se construye el consenso o se transmiten las demandas de los representados o las decisiones de los dirigentes. La cuestión de la democracia interna en los movimientos ocupará algunas de las reflexiones.

Por último se analizará la utopía, ese horizonte móvil hacia el cual marcha la acción colectiva. ¿Está presente en todos los casos? ¿Participan de él todos los que se movilizan, o es una construcción de los líderes? La utopía ¿es suficientemente realista como para que resulte posible alcanzarla? ¿Es lo suficientemente no real como para impulsar las acciones?